

Jesús Marchamalo

**DELIBES
EN BICICLETA**

Jesús Marchamalo

**DELIBES
EN BICICLETA**

Ilustraciones de
Antonio Santos

Nørdicalibros

2020

© Jesús Marchamalo
© De las ilustraciones: Antonio Santos
© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.
Avda. de la Aviación, 24, bajo P
28054 Madrid
Tlf: (+34) 917 055 057
info@nordicalibros.com
Primera edición: enero de 2020
ISBN: 978-84-18067-17-4
IBIC: FA
Depósito Legal: M-403-2020
Impreso en España / *Printed in Spain*
Gracel Asociados
Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección
y maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y
Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Había cumplido seis años y llevaba media mañana aburrido, impaciente, esperando a que su padre, traje y chaleco oscuros, sin corbata, acabara la lectura del *Quijote*. Tenía el hábito de hacerlo todos los años, en verano, sentado en el sillón de mimbre del comedor, cuyos ventanales daban al jardín, desde donde se oían, a cada rato, estruendosas, sus carcajadas.

El joven Miguel, pantalón corto, flequillo desfilado, miraba ansioso, de reojo, la bicicleta de su hermano Adolfo. Una Arelli de un verde fulgurante, frenos y guardabarros

cromados, que brillaba al sol, cegadora como una aparición.

Habían quedado en que esa mañana, cuando terminara de leer, le enseñaría a montar en bicicleta, y no se había atrevido a interrumpirle. De modo que eran casi las dos cuando su padre apareció por fin en el jardín, sonriendo todavía, y le ayudó a encaramarse al sillín antes de darle un único consejo.

—¡Mira siempre hacia adelante, no mires a la rueda!

Y sin más, le impulsó de un decidido empujón, sin previo aviso, que hizo avanzar renqueante la bicicleta por el caminillo lateral, junto a la tapia.

—¡Sobre todo, no mires a la rueda!
—oyó cuando ya se alejaba.



Y contaba cómo casi enseguida, al principio inseguro, vacilante, consiguió enderezar el manillar —los frenos sobresaliendo de los puños— y empezó a pedalear con viveza erguido como una estatua de sí mismo.

A los pocos minutos iba y venía ya, resuelto y decidido por el jardín; giraba ante la tapia y regresaba por el paseo central, esquivando las sillas del cenador, la mesa y los setos de boj que obstinados parecían cruzarse en su camino y que dejaba atrás amenazantes. Todo parecía ir a la perfección —un arbol de radios y engranajes— cuando anidó en él una premonición sombría: cómo bajarse. Así que, ya intranquilo, le preguntó a su padre:

—¿Y ahora, cómo se para?

—Es fácil —le gritó al pasar—. Deja que pierda velocidad y cuando caiga, pones el pie del lado que se incline.

Pero ya nada fue igual. Un sordo, pertinaz desasosiego se había adueñado de él; la amenaza invisible de un temor que no quería expresar, pero que se hizo fuerte en su interior y que crecía a cada vuelta: el fantasma de ese futuro incierto que toda la vida —¡ay!— empañaría sus momentos de felicidad.

—Yo me voy a comer —dijo su padre—. Cuando te entre hambre, vienes.

Y allí quedó, pedaleando, hambriento y solo, mientras que desde el comedor le llegaban las voces de sus hermanos y las llamadas pacientes y resignadas de la madre.

No supo exactamente cuánto tiempo pasó, yendo y viniendo, una vuelta tras otra en el jardín convertido en un tiovivo trágico, pero sí que llegó la hora de la siesta, y el silencio a la casa, y el viento de primera hora de la tarde, revoltoso, a las enredaderas de la pérgola, y solo entonces, cuando empezaban en casa a preocuparse, apareció en el comedor, trastabillando, y con un brillo complacido en la mirada.

—¿Qué? —le preguntó su padre, que ya salía a buscarle.

—Bien.

—¿Te has bajado tú solo?

—Claro —dijo sin más explicaciones.

Porque después de intentar frenar seis, ocho veces, e incapaz de postergarlo por más

tiempo, decidió chocar contra uno de los setos: la bici quedó parada en seco y la rueda, enredada en la hojarasca.

¡Había aprendido a montar en bicicleta!

«Miguel Manuel Mariano Delibes Se-tién», se lee en su partida de bautismo de la parroquia de San Ildefonso, en Valladolid. Tercero de ocho hermanos que en las fotografías, ordenados de mayor a menor, descendían en estatura escalonados como las láminas de madera de un xilófono.

Su padre, don Adolfo, distinguido y enjuto, era abogado y catedrático de la Escuela de Comercio; su madre, doña María del Milagro, saludable y henchida, ama de casa. La recordaba siempre repasando sábanas y camisas, zurciendo calcetines, permanentemente atareada



en aquella casa bulliciosa de ocho niños, dos criadas y tres meses de veraneo en el pueblo, estirando el sueldo del padre, mil pesetas, con el completo catálogo de las economías domésticas, y cuyo único lujo, cuando caía la tarde, era tomarse un té con medio bollo suizo.

El abuelo francés, Frédéric Pierre, leontina y pajarita, era sobrino lejano de Léo Delibes, el compositor, y había llegado a España a trabajar como técnico especialista en el tendido del ferrocarril que iba de Alar del Rey a Santander. Y en Molledo-Portolín, ese pueblo con apellido de juguete, muy cerca de Reinosa, se enamoró de una joven montañesa y se casaron.

Instalados en Valladolid, abrieron una serrería —«Federico Delibes», se leía en la



publicidad, «Gran fábrica de aserrar y trabajar maderas»— a la que Miguel iba a jugar de niño con sus hermanos y sus primos entre los listones, jambas, tarimas, sacos de serrín, grúas y vagonetas de ruedas oxidadas en las que se cargaban los tablones.

De aquel abuelo, hosco —contaban—, desapegado, gesto grave y barba poblada, negra como tinta de calamar, heredó la educación francesa: el amor por la naturaleza y la exaltación de la vida al aire libre. Mientras la burguesía acomodada de aquella Valladolid en blanco y negro, antigua y recia, se deleitaba en las tardes mullidas de casino: vegueros humeantes, coñac añejo en copa, Miguel y sus hermanos —*sportsmen*, los llamaban con desdén— iban al campo. A veces en

el coche, el *Cafetín*, un arrogante Chevrolet de color canela oscuro, o andando desde su casa al parque, el Campo Grande, que fue uno de los escenarios de su infancia: las castañas pilongas en otoño, los juegos en invierno, corriendo alrededor de los parterres, y el templete de la música en el que, en primavera, uniforme de gala, gorrillas cuarteleras y entorchados, tocaba la banda, un poco desafinada siempre —chunda, chunda—, del regimiento de San Quintín.

No había nada que desazonara más a su padre, en vacaciones, que leer en el periódico que algún niño se había ahogado llevado por el mar, el cambio de marea o la resaca. Así que, en cuanto los niños cumplían tres

o cuatro años y llegaba el buen tiempo —la educación francesa—, les amarraba una sogá a la cintura y los lanzaba, tiritando, al agua helada del río. Los dejaba flotar unos minutos como cachorros ateridos, e iba soltando cabo, lentamente, que cobraba solo cuando tragaban agua hasta que en dos sesiones, tres a más tardar, aprendían a mantenerse a flote.